

Dedicatoria:

A mi hermano Ricardo, ejemplo de bondad y devoción rociera

**XXXIII PREGÓN DE LA ROMERÍA
DE LA REAL HERMANDAD DE NUESTRA
SEÑORA DEL ROCÍO DE MÁLAGA**

RAMÓN GÓMEZ RAYASSA

1 MAYO 2.013

Dios te salve, María, Virgen Santísima del Rocío.

Dios te salve, María, Reina de los cielos.

Reina de las marismas almonteñas, Reina de Andalucía.

Reina de esta hermandad rociera de Málaga.

Reina de nuestros corazones.

A Ti que tienes en tus brazos el Salvador del mundo, el
pastorcillo Divino,

te pedimos por nuestra Málaga, tan necesitada de todo.

Te pedimos por nuestra parroquia, por nuestra Hermandad
rociera y por sus dirigentes.

Te pedimos muy especialmente por quienes van a ir a verte
en unos días, y por quienes tienen la responsabilidad de
organizar tu romería.

Y por último, Virgen y Madre nuestra, te pedimos por todos
nosotros, para que nuestra vida sea un ejemplo para
nuestros hermanos, y que al final del camino, podamos
gozar contigo y con todos ellos, la gloria que nuestro Señor
Jesucristo ganó para todos nosotros.

En agradecimiento, permíteme, Señora, colocar a tus pies
una pequeña muestra de nuestro cariño: La flor más
humilde y sencilla de los campos; el lirio morado que crece
libre en los caminos, y que quiere representar, la pequeña
naturaleza humana ante tu gloriosa realidad, y es así, como
nos gusta estar: A tus pies, sintiéndonos pequeños y
sencillos y siempre, siempre, protegidos por ti.

Rvdo. padre, D. Francisco Molina, Párroco y Director Espiritual.

Rvdo. padre, D. Atanasio, antiguo rector de esta hermandad, y siempre presente y querido por nosotros.

Ilustrísimas autoridades, representantes del Excmo. Ayuntamiento de Málaga.

Sr. Presidente de la Agrupación de Hermandades de Gloria.

Querido hermano, Presidente de la Real Hermandad de Ntra. Sra. del Rocío de Málaga,

Sr. Hermano Mayor de Romería.

Sras. y Sres. miembros de las Juntas de Gobierno y de Romería.

Sras. y Sres. Expresidentes y exhermanos mayores.

Sr. Pregonero del 32 Pregón y generoso presentador.

Sres. representantes de otras hermandades y cofradías.

Hermanos del foro Frente a la Tribuna

Hermanas y hermanos rocieros, señoras y señores.

Gracias, amigo Paco Peláez, pregonero y presentador, por tus cariñosas e inmerecidas palabras. Vale el currículum, de esto no se puede renegar. Pero en los elogios y virtudes, lo que dijo el otro: tres pueblos. Pero de nuevo, gracias por tu buena voluntad. He tenido ocasión de releer tu precioso pregón del pasado año, y la verdad, que lo has puesto difícil: es inalcanzable el nivel de tus palabras, y precioso el paralelismo de nuestro recorrido urbano con las distintas etapas del Camino rociero. Sentimiento y sensibilidad llamo yo a esa figura. Enhorabuena, y de corazón, gracias otra vez.

Un viejo rociero, hace mucho, mucho tiempo, me dijo: El que en una reunión, canta o baila, se entrega. Respétale.

No voy a pedirlos respeto, porque sé muy bien donde me juego los cuartos, y ante quienes me encuentro. Eso se da por seguro, porque sois gente de bien, y con profunda caridad cristiana que perdona los fallos ajenos. Pero sí, un poco o un mucho de comprensión. Soy un osado y un pretencioso, pero me debo a quien me lo ha pedido, que por otro lado sabía que no podía negarme. Es mucho lo que quiero a mi hermano y mucho lo que significa para mí, para negarme a un deseo que sé le hacía ilusión. Por ello, y agradeciendo profundamente la confianza depositada en mí por la Junta de Gobierno, como responsable de mis actos, aquí me encuentro ante vosotros, hermanos rocieros, para hablaros del Rocío. Del camino para llegar a Ella. La Reina. La Madre, la Virgen.. Y os pido, de nuevo, comprensión.

Con la previa, honrada y necesaria advertencia: No esperéis un tratado poético y de gran altura literaria. Ni lo sé hacer, ni es necesario cuando se quiere hablar desde el corazón.

Tampoco pretendo ser absolutamente original: cualquiera de vosotros sabe de esto no digo más; infinitamente más que yo. Lo que ocurre, como me decía el otro día un buen hermano, el Rocío de cada uno, es de cada uno. Así de sencillo. Y así de complicado. Tu Rocío, es cuando sientes el pellizco en el estómago... y dices: "esto me ha valido por un año". Aparte de ver a la Virgen, que eso es lo esencial.

Como excusa, debo presentarme como un rociero casi frustrado. Porque cuando conocí a la Señora de nuestros sueños e ilusiones, me enamoré no solamente de la Virgen, patrona almonteña, sino además de lo que en el fondo subyace en el mundo rociero.

Fui muchas veces de romería. Participé en bastantes caminos. Pero, por causas ajenas a mi voluntad, y por aquello que llamamos algunos, vergüenza torera, tuve que dejar de participar en la romería y en las actividades de la hermandad. He faltado a muchos rocíos. Pero solo físicamente, porque en mi interior, y aunque ninguno me vieseis, yo he estado con vosotros algo más que virtualmente. Iba, por el cariño que me tiene, colgado de la medalla de mi hermano, que cada año me brindaba la oportunidad, y que de corazón, siempre lo agradecí.

Y tras ello, quién dijo miedo, vamos allá.

Les voy a contar una historia. Una historia intemporal, que podría haberse producido estos días. O antaño. O a lo mejor ocurrirá en el futuro. Una historia que podría ser una de tantas. Se trata de la historia de una persona, y de una hermandad. ¿Realidad?, ¿ficción?. ¡Qué más da!. Es... una simple historia, donde los personajes son ficticios o reales. Donde lo que se cuenta pudo pasar... o no. Repito, ¿Importa algo?. El caso es que es una historia, y yo, con su permiso, la voy a contar. Érase una vez...

Pues érase una vez, que estamos en Málaga y es primavera. La luz luce de otra forma, más brillante. Los jardines, explotan voluptuosos enseñando las bellezas de sus colores y el embrujo de sus olores. Ha llegado la caída del abrigo, y las niñas malagueñas, mocitas sandungueras, explodian de vitalidad, galanura y belleza. Estamos en Málaga, y es primavera. Ya pasaron los días de pasión, ya encerramos nuestros tronos, recogidos los enseres. Las túnicas en las tintorerías esperando recuperar la donosura anterior. Ya se ha rascado por nuestro Ayuntamiento las ceras del suelo, que no se diga.

Málaga se engalana para disfrutar la segunda primavera, porque es hora de vivir nuestra fe, en este año especialmente dedicado a su propagación, de forma alegre. Cristo resucitó, y las penas y penurias, atrás quedaron.

Nuestro barroco carácter andaluz, luce con toda su grandeza, y como cada año, es primavera, y estamos en Málaga.

Hace días que en cada grupo, en cada familia, unos en locales, otros en naves industriales, en cortijos prestados, o, simplemente donde pueden, se afanan en arreglar las carretas, hacer planes de logística, de pensarse diferentes menús, de revisión de vestimentas y complementos. "Mamá, arréglame este vestío, que el año no está para despilfarros..." y al final, se acaba estrenando uno, que la presentación es solemne, la Hermandad lo merece y la niña no va a ir de trapillos.

Se abren las cajas de los botos, y se repasan las manos de grasas para dejarlo, "nique"; se prueban las calzonas, imecachis, tengo que adelgazar que no me entran...!

Limpieza, repaso de pinturita, algún volante que el año pasado se enganchó en un pino, "hay que ver lo descuidao

que es el tractorista; este año le canto las verdades para que ande con más cuidao...”

Las ollas de callos o de berzas, las que nos ha cocinado esa tía tan cariñosa a la que todos los años le hacemos el compromiso, y que, naturalmente, no nos ha fallado, se han congelado. Las neveras arranchadas de bebidas, que el camino es largo y se pasa mucha caló.

“Niño, ¿has comprobado que el aljibe no se sale?, ¿y el termo, lo has revisado?. ¡Mira que el año pasado me tuve que duchar la mitad de los días con agua helá!”.

“¡Hay que comprar más vasos que el año pasado faltaron, y eso es un deshonor!”

Ilusión, muchísima ilusión, y un trabajo de preparación que no se acaba nunca, y que agota al más fuerte, porque encima se hace por las noches y los fines de semana, que la cosa no está para faltar al curro, el que lo tenga, que esa es otra.

Y ya estamos listos para peregrinar. ¿Listos?. Bueno, casi.

En otro lugar, muy diferente, y casi desde los mismos tiempos que los rocieros preparaban su romería, postrada en una cama del Hospital Materno infantil, una mujer, espera con paciencia y mucho temor la hora inevitable de dar a luz a su primer y deseado hijo.

Se trata de Juanita.

Juanita es una señora, algo madura para ser primeriza, casada felizmente hace bastantes años con Eduardo, un tío estupendo y enamorado de su mujer, perito industrial de profesión, (a uno le tira el cuerpo) y dedicado entre otras cosas, a hacer feliz a su esposa. Ambos son profundamente religiosos, pero Juanita en concreto, es extremadamente practicante, de las que antiguamente se

decía "dama de acrisolada virtud y arraigadas y ejemplares costumbres cristianas", que así de cursis eran nuestros mayores.

Al cabo de los años, como decía, y cuando casi desesperaban de poder ser padres, Dios les bendijo con un embarazo, que si en un principio les hizo saltar de alegría, tras los primeros reconocimientos médicos, les hundieron en el temor y en la angustia: la edad poco propia de la madre aparte de otros factores que no vienen al caso, hacen peligrar tanto la estabilidad del embarazo, como la vida y salud del feto que late en sus entrañas. De ahí la necesidad del encame y control exhaustivo del proceso.

Juanita, pasa las horas rezando y esperando que llegue el día. Y de tantos días, y de la tristeza y preocupación que su rostro emana, una matrona, de rostro aflamencado, dispuesta y dicharachera, pero de corazón generoso, como la mayoría de nuestros sanitarios, se ha fijado en ella, y le ha dado amistad. Paqui, que así se llama la matrona, le habla frecuentemente de su devoción a la Virgen del Rocío, de su hermandad, de los caminos... Juanita, escucha siempre interesada, esperanzada...

¿Eres creyente?, fue lo primero que le dijo, cuando al fin intimaron algo. -Si, fue la respuesta de Juanita. Pues toma. Le dijo al tiempo que le alargaba una estampa de su Virgen. Pídeselo a Ella, que verás cómo te ayuda. Seguramente, añadió, cuando des a luz, no estaré aquí, porque en esos días voy a verla, pero desde el Rocío, pediré por ti, y ya verás como todo saldrá bien. Ten fe.

Juanita, quedó emocionada y agradecida. Guardó la estampa bajo su almohada, y con toda la ilusión del mundo se encomendó a aquella Virgen Rocío, y esperó con fe, el final de su embarazo y el nacimiento de su hijo.

Y llegó la víspera de los grandes acontecimientos.

Los rocieros, sin apenas dormir los últimos días, han llevado sus carriolas cerca de la parroquia de la Purísima, para estar prestos en la mañanita para la Misa de Romeros, principio del Camino. Vuelta a los nervios de los días anteriores, repaso de toda la intendencia, algo se olvida, seguro. Pero ya estamos preparados. El ansia de verse en Camino para volver a verla, de respirar jaras y pinares pisando arenas, bulle en sus mentes, y no les deja tranquilos. Incluso se discute. Alcaldes de carretas dando las últimas instrucciones, Hermano Mayor de romería, preocupado porque todo esté a su punto. Pregunta por la carreta de apoyo, ¿Está todo lo previsto?, mira que no puede fallarme nada, que me la juego..., que es mucha responsabilidad poner en camino a tantísimas personas; y da vueltas y vueltas sin fin, revisándolo todo...

Rotos y nerviosos, a las tantas y monas, se van a dormir. Alguno, incluso lo hace en la carreta.

Y a Juanita, también le llegó la hora. Nota contracciones, ya seguidas, y la matrona de guardia la tranquiliza: Tranquila, que esto puede ir para largo, y estás empezando. Se encomienda de nuevo a la Madre, y tranquila en su fe, pero angustiada en su situación, afronta los dolores con esperanza: Madre, no me abandones ahora. ¡Qué mi niño venga bien y sano. Por mí no te preocupes, pero ayuda a mi hijo!

Por la mañana, bien temprano, en el atrio de la parroquia, las camaristas han montado un precioso altar lleno de flores malagueñas. El simpecadero, saca respetuosamente el Simpecado y lo entroniza para la celebración de la Eucaristía, la Misa de Romeros, con la que comienza formal y solemnemente la Romería.

Misa sentida, cantada y espectacularmente seguida por un puñado de rocieros que ya huelen a arenas, que apenas si pueden aguantar los nervios...

Cuando la Misa termina, y el Simpecado es colocado en el carretón, que luce bellísimo, como corresponde, se lanza el primer cohete que señala el principio del Camino, se da el primer tirón de bueyes, ¡Gañán, llévala bien!, la Hermandad se pone en movimiento... y en un paritorio del Hospital Materno Infantil, Juanita da a luz, gracias a Dios, sano y precioso, a su hijo Manuel, Dios con nosotros.

La Hermandad camina, y Manuel, Manolo, inicia su camino en el mundo...

(CANTO DEL CORO INFANTIL)

El peregrino, ahora, se encuentra en otra dimensión. Ya está andando, y en su mente sólo hay una fijación: Llegar a verla. Reunirse de nuevo con la Santísima Virgen, a la que añora y es el centro de su vida devocional. Cada paso que da, le acerca a la ermita, basílica monumental de las ilusiones y devociones marianas. El fin de cada camino, donde descansar en la presencia de la Santísima Virgen: Aquí estoy otra vez, Madre mía. Gracias por permitirme volver a verte.

Los primeros compases, son gloriosos: Hermandad del Cautivo, Banda de cornetas y tambores dando honores a la Virgen peregrina. Saludo generoso y sincero de la Hermandad vecina del Santo Traslado. Petalada impresionante en la Cofradía de la Salud, y salimos de la Trinidad, para navegar por las percheleras calles.

Honores de las hermandades de los alrededores de Santo Domingo, y nuevo concierto en la Basílica de la Esperanza de todos.

Cruzamos el río, cicatriz indeseada separadora de las dos Málagas, y entramos, despidiéndonos, o mejor dicho, ofreciendo a los malagueños del centro la oportunidad de despedirse de esa Virgen, pegada a un estandarte por las virtuosas manos de unas bordadoras de gratísimo recuerdo, y que hicieron una joya de Simpecado, orgullo de su Hermandad, y referente rociero de la Málaga cofrade.

Las Hermanitas de la Cruz dejan su huella en el ánimo de los romeros, despidiendo a la Madre con el fervor y devoción de estas admirables hijas de Santa Ángela.

Y comenzamos el recorrer la ruta cofrade del Pasillo, calle Carreterías, Álamos, Merced y Victoria. Todas las hermandades ofrecen honores al Carretón: Guiones rendidos, Canastillas de flores para la Señora; cantos de Salves sin fin. Público en las aceras, cariño en la calle, la Hermandad, andando por Málaga, precedida por sus caballistas a quienes sigue un modélico equipo de tamborileros, los mal llamados piteros, que aunque el nombre suene a chufra, en este foro se sabe muy bien la dignidad y la importancia de su papel en nuestra romería. Presidente, Hermano Mayor de Romería, Juntas de Gobierno y Romería, guiones, banderas, romeros y romeras alrededor de su Madre peregrina, pasean, arropados y queridos por sus paisanos, que muchos miran con sana envidia a los que, jubilosos, marchan hacia el Rocío.

Especial visita a la Señora de San Lázaro, homónima pasionista de nuestra excelsa Madre. Salve especial en el año de la aprobación de su canónica coronación. Enhorabuenas y abrazos entrañables, más efusivos, si cabe, y ¡Buen Camino!. ¿Os imagináis el diálogo?:

**Rocío que para Almonte marchas
por romeros compañada.
Rocío que en Málaga quedas
prontamente coronada.
Pide por mis nazarenos.
Ruega por mis rocieros.
¡Qué guapa procesionaste
la tarde del martes santo!
¡Pues de lujo a ti te llevan
tus peregrinos hermanos!.
¡Reina de las marismas!
¡De Las Lagunillas Madre!
¡Que buena romería lleves!.
¡Que devoción no te falte!.
¡Rocío, qué guapa eres!.
¡Hermana, Dios te acompañe!**

Despedida oficial de Málaga a los pies de su Patrona. Y en Martiricos, al sesteo, preparación del camino de verdad, el camino de la vida. El mismo camino, que durante los primeros días, vive nuestro niño Manolo. Regalos, parabienes, ramos de flores en el Hospital. Las babas paternas, de Eduardo, orgulloso de su heredero, orgulloso y agradecido a su compañera Juanita, acompañan cada momento de esos primeros días, en los que, arropados por la medicina, el cariño de familiares y los cumplimientos sociales, llevan de la mano a nuestro protagonista hacia el principio de su vida.

Juanita, tan ordenada ella, iba escribiendo sus sensaciones en una libretita con pastas azules. Sensaciones profundas,

de forma esquemática, que pretendía volcar en unas páginas en blanco para en un futuro, enseñar al hijo de sus entrañas, por si fuere menester, que decía el otro. No sabía la verdadera razón para hacer esto, pero dentro de ella, algo le decía que era bueno, y no lo dudó.

Permitidme un primer salto en el almanaque. Han pasado cuatro años. Es agosto, y en sus vacaciones, Eduardo y Juanita, tras años sin viajes por la poca edad de su hijo, deciden hacer una escapada en plan camping, al Algarve, Portugal. Pasan allá varios días conociendo la zona, y a la vuelta, pasan por Vilarreal de Santo Antonio, cruzando el río Guadiana en la barcaza a Ayamonte. (Aún no estaba el puente).

De camino hacia Sevilla, se acuerdan y se desvían por la carretera de la costa, y visitan a unos buenos amigos que están en Moguer. Son invitados a comer. Al terminar, les invitan a acompañarles a la aldea del Rocío, aprovechando que son las fechas del "Rocío Chico".

El matrimonio duda, pero ante la insistencia de sus amigos, Eduardo y Juanita, aceptan y les acompañan.

Juanita, de pronto, se acuerda de la estampita que Paqui les regaló, y se entusiasma con la idea: "Le daré las gracias personalmente", pensó.

Pero no contaban que Pepe y Carmen, sus amigos, tenían amistades y muy buenas en la Aldea, y recalán, sin esperárselo, en una casa, antigua calle Virgen del Pilar, La Rehala, propiedad de dos moguerenses singulares: Pepe "el Quemao" y Rafaela, su mujer, que con sus hijos y parientes, ocupaban su casa para esas fechas y naturalmente para la Romería en primavera.

Presentación obligatoria y saludo tradicional: "Hola, Eduardo, ¿qué quieres beber?"

-“Muchas gracias, Pepe, lo que de verdad necesitamos es un poco de agua, que venimos secos del viaje”

-“El agua pudre a los barcos que son de hierro, ¿qué no hará con los estómagos?. Toma vino” Y les largó un viaje de mosto de Bollullos mezclado con “mistela”, que quitaba el sentío. Bueno, el sentío, y también la sed.

Fiesta familiar, sevillanas cantadas a coro, buen ambiente, algún fandango de por medio, cantado por derecho y...

“Pepe, nosotros nos vamos, que me quedan cuatro horas hasta Málaga, y por aquí no hay donde dormir, gracias por ...”

“De eso nada. La casa está llena, ¿pero tú no dices que vienes de camping?. ¿Traerás tienda de campaña, no?”

Claro, fue la respuesta.

Pues móntala ahí, en el callejón de enfrente. Pon tu coche a un lado, yo pondré el mío al otro, por seguridad de los caballos, y os quedáis...” los tres días que duró el Rocío. Desayunando, comiendo, lavándose... viviendo en su casa. Ah, y sin probar el agua, que ya sabes lo que pasa con los barcos.

Desde luego, lo primero que pidió Juanita era hacer una visita a la ermita, a saludar a la Virgen, y, por primera vez, se encontró, de frente, con Ella. Algo muy profundo sintió en sus adentros, mirándola a la cara, tan bonita. “Madre, aquí estoy, perdona que tardara tanto, pero aquí me tienes. Gracias, gracias, de corazón, gracias... Y quedó prendada. No sabe de qué manera, pero salió con el firme convencimiento de seguir visitándola.

Hicieron visitas a amigos, que les recibieron de brazos abiertos, “Aquí unos amigos de Málaga”. Visitaron muchas veces la Ermita, asistieron al salto de la reja; acompañaron

a la Virgen hasta el templete, donde la protegen para el camino hasta Almonte; les llevaron en su charré hasta el pueblo, y Eduardo disparó con uno de los trabucos que Pepe tenía, cuando en la madrugada del día 20 de agosto, con el primer rayo de sol, fue descubriendo su rostro. Durante días le quedó en el hombro el moratón del retroceso de la dichosa arma. ¿Cómo dispararía Curro Jiménez?, pensaba.

Juanita, en su libretilla, escribió: **ENORME DEVOCIÓN POPULAR. IMPRESIONANTE DEMOSTRACIÓN DE FE.**

A la vuelta, ya el mediodía, aún insistieron para que se quedara un día más: "Ahora es cuando se disfruta, que queda poca gente", les dijeron, pero volvieron a casa, con el agradecimiento en el alma, y sin haber conseguido pagarles algo de lo que allí se había consumido. "Volved cuando queráis, esta es vuestra casa", fueron sus palabras de despedida.

Juanita alucinaba. Ella, tan tranquilita, tan prudente, tan madraza, allí metida, sin habérselo propuesto ni proyectado, en aquella vorágine de alegría, de bienestar, con gente que acababa de conocer, y que a los diez minutos, les estaba ofreciendo su casa.

Por ello, en su librito de pastas azules, apuntaba: Hemos conocido El Rocío. Hemos vivido una experiencia única. **GENEROSIDAD. HOSPITALIDAD.**

Aquello les marcó para siempre.

Al llegar a Málaga, conectaron con la Hermandad, conocieron a gente encantadora a quienes les contaron su experiencia... y pronto estaban involucrados en el equipo de una carriola, rodeados de personas entusiastas que les animan a hacer un Rocío "de verdad". Y se ilusionaron, aportando su trabajo y recibiendo los consejos... ¡ah,

cuántos consejos hemos recibido antes de nuestro primer camino!. ¿Y de nuestro primer Rocío?. ¡Todos!. Llega uno a pensar ¿seré yo capaz de aguantar todo lo que esta buena gente me avisa?...

Un día, alguien les propuso darse de alta en las cuotas de "caridad". ¿Caridad?.

"Si, -le explicaron-, nosotros tenemos un departamento, con cuotas independientes, que destinamos a ayudas asistenciales. Aparte de las cuotas, hacemos teatro, rifas, desfile de modelos, un rastrillo que nos tiene locos durante muchos meses y un puñado de cosas más. Aparte, los responsables, negocian con empresas importantes la donación o compra a buen precio cantidades de leche, galletas, otros alimentos, zapatos, ropa y todo lo que encarte para ayudar. Si sumáramos el valor de todo esto, seguramente centuplicaría el presupuesto de la Hermandad".

"Gracias a esto, y a las aportaciones que los hermanos entregan en las sabatinas durante el Ofertorio, la Hermandad ha repartido decenas de miles de litros de leche, centenares de kilos de galletas, cantidad importante de pares de zapatos y todo lo que pueda para ayudar a instituciones como la Ciudad de los Niños, el Cottolengo, las Hermanitas de los Pobres, las Clarisas, el comedor de Santo Domingo, el hogar de calle Pozos Dulces, etc. etc. etc."

Perdonadme que rompa vuestra modestia en publicar estas cosas. Pero cuando a la Iglesia y sus organizaciones se le vitupera y ataca de la forma que ocurre hoy. Cuando la crisis azota de forma inmisericorde a la sociedad con un 37% de paro en nuestra ciudad, es importante que se diga e incluso se grite, que cuando apenas se hablaba de ayudas asistenciales, la Real Hermandad de Ntra. Sra. del Rocío de Málaga, incardinada en un barrio modesto, formada por

gente en su mayoría modesta, era consciente de la necesidad de compartir con el hermano lo mucho o poco de lo que disponía. Y lo hacía sin que nadie se enterara. Sin que figure en los apuntes de contabilidad ni en los libros de actas de Secretaría.

Qué el Señor me perdone si cometo algún desatino, pero al menos yo pienso de que ya es hora de que la mano derecha se entere de lo que hace la mano izquierda, ¡y que se publique!.

Juanita, anonadada de lo que está viviendo, al regresar a su casa, coge su libretita, y con mano trémula, y un rotulador rojo de punta gruesa, escribe. CARIDAD, CARIDAD, CARIDAD...

Ya están atrapados, viviendo los preparativos como todos, compartiendo los momentos previos como todos los demás, tensando los nervios ante lo desconocido... como han hecho todos los hermanos peregrinos. Ya están arrancando el Rocío, su primer Rocío.

En el recorrido de su primer año, un accidente que amenaza con dar al traste con todo, les sorprende cuando menos lo esperan: la carriola de la Presidenta ha ardido, afortunadamente, sin desgracias personales. Juanita se pregunta al enterarse... bueno, y ahora ¿cómo se van a ir estas criaturas tantos días, habiéndolo perdido todo?. Pero la marcha continúa, y ella, preocupada por los demás, no deja de rogar para que se solucione. Al llegar a la primera acampada, se sorprende: La Presidenta se encuentra allí, al parecer sin problemas. Pregunta y recibe evasivas: Los demás han echado una mano. Nada más, y nada menos. Juanita, asombrada de que todo se pueda solucionar "con una mano", en cuanto tiene un momento, escribe en su libretita: ¡SOLIDARIDAD, AMISTAD!.

Tras un sesteo, aquellos años en "El canódromo", (¡Qué calor, por Dios!), que es más un repaso general a lo que les venían explicando, y nerviosos, toman alguna cosilla... y a la carretera.

Primeras jornadas, donde la convivencia se acentúa "hacia dentro", la carretera no permite otra cosa, bamboleos, siestas agitadas, caravana interminable, tapeos "a bordo", ángelus en un apartado de la carretera, otra vez carretera, comidas aceleradas, carretera... acampada. Las primeras veces en Antequera, rodeados de jardines y alborotos ferieros, recordando los veteranos los años de La Roda de Andalucía, donde toda la hermandad cabía en el patio de un bar; más tarde el cercano pueblo de Casabermeja, con visita a la Patrona en aquella interminable cuesta que nunca acababa. Posteriormente en Mollina, buen sitio, pero "frío", desconectados. Últimamente, en Sierra de Yeguas, en Almargen...

A continuación, los días siguientes, las preciosas acampadas de Osuna, y sobre todo, las inenarrables noches de Utrera, un pueblo precioso que, además de mucho compás, tiene una Virgen de Consolación pa morir, en una basílica espectacular... ¡y una gente que no se puede aguantar! Noches de Utrera, donde había que parar la fiesta cuando ya el Carretón iba calle abajo... ¡que se nos vá!. Memoria agradecida a la familia Montoya, artistas y amigos de siempre...

Camino protegido por las normas de tráfico, camino constreñido por las circunstancias, como la vida de niñez de Manolo, con sus padres, a los que ya acompañaba todos los años.

Vida protegida, vida dirigida. La joven edad, exige estas circunstancias. Pero iba creciendo en edad y sabiduría, parafraseando al evangelista Lucas.

Y se llega a La Corchuela, primera etapa casi de bosque, en el parque periurbano. Y tras ella, y recordando las antiguas parás interminables en Sevilla, al primer río.

Es curioso. La vida de las personas, en términos generales, se puede dividir en cuatro etapas: Infancia y pubertad, Juventud, Madurez y Tercera edad, por decirlo sin ofender, de una manera elegante y no llamarnos viejos caducos.

Y si comparamos, si os detenéis a pensar un poquillo, nuestro Camino, tiene una gran similitud con estas etapas, marcadas y delimitadas por tres momentos puntuales: los tres ríos que se cruzan. Guadalquivir, Guadiamar y Ajolí.

Nuevamente, otro salto en el tiempo. Juanita y Eduardo ya no peregrinan, cosas de la salud. Manolo, que ha abandonado los estudios, pero se dedica a los negocios, por cierto, con bastante éxito, anda ya solo, acompañando a su pandilla en una carreta donde, a decir verdad, lo pasa de maravilla. Son buena gente, que viven, entusiasmados su nueva situación. Rocieros en plena juventud, participando con la Hermandad en los eventos que se organizan.

Solo un favor le ha pedido Juanita a su hijo, aparte de las recomendaciones del alma de todas las madres: Hijo, sé bueno, no molestes, colabora con todos... y cuando llegues, rézale a la Virgen por nosotros. Ah!, y por favor, prométeme que me contarás, a tu vuelta, las vivencias que hayas tenido, así, compartiremos tus padres contigo, la alegría de tu romería. ¿Me lo prometes, hijo?.

Manolo, sin dudarle, porque era mucho el cariño por sus padres, así lo prometió. Y así lo hizo durante muchos años.

La Hermandad, cruza, en turnos religiosamente respetados, el gran río andaluz, barcazas repletas, emoción de peregrinos ante el primer gran hito del camino.

CORO. (SEVILLANA)

Ha terminado la primera etapa, y la Hermandad se enfrenta al camino más cercano: paso por Coria del Río, Benacazón antiguamente, La Puebla del Río, y la preciosas acampadas de los pinares de la Dehesa de Abajo.

Y fue en Coria del Río, pueblo hospitalario y agradable, donde muchos peregrinos aprovechan para tomar un descansito y romper la rutina de la carreta, donde le ocurrió a nuestro protagonista, la primera de las experiencias que naturalmente, contó a su madre como había prometido.

Fue uno de los primeros años de ir solo. Por imprudencia, no se dio cuenta que uno de los botos tenía un clavo que le amargaba el camino. Llegó incluso a tener que andar con zapatillas. Preocupado, ya sabéis aquello del clavo de la herradura del caballo del rey que costó una batalla, pidió permiso, cruzó en el primer turno en la barcaza, y sin encomendarse a nadie, empezó a buscar un zapatero que le solucionara el problema. Imposible: todo cerrado, era la hora de comer, y la hermandad se iba, seguía su marcha.

Ya en el límite de su esperanza, entró en un barecillo para preguntar por su problema. ¿Qué desea usted?, fue la pregunta. Manolo contó su historietta, y el hombre, tras una sonrisa de comprensión, le dijo: "Deme usted los botos, tómese una cerveza, y ya mismo vengo".

Lo que hizo fue ir a casa de un conocido, zapatero remendón. Lo levantó de la mesa, (estaba comiendo), le hizo abrir su tallercillo, le obligó a arreglar el clavo, (de camino le dio un repaso al calzado), y personalmente, se lo llevó al bar, donde Manolo, expectante, no daba crédito a lo que había visto. ¿Qué le debo, amigo?. Me debe usted una visita a mi hermandad en la Aldea, donde tomaremos unos vinos juntos, ¿Le parece bien?. ¡Y encima el del bar no le cobró la cerveza!. A eso se le llama SOLIDARIDAD y HERMANDAD ROCIERA, y así lo explicó a Juanita, en cuanto tuvo lugar.

Preciosa jornada la que la Hermandad vive cada año, al acercarse al río Guadamar, Vado del Quema, tradicionalmente llamado el Jordán rociero, donde tantos y tantos romeros, Manolo entre ellos, fueron "dados de alta", mediante bautizo como romeros de verdad.

Rio Guadamar, Vado de Cortijo Quema.

Peregrinos se emocionan.

Primerizos se bautizan

Veteranos, ¡cómo lloran!

Quiero purificar mi alma

antes de llegar a verte.

Permíteme excelsa Madre

Que las aguas que bendicen

las ilusiones romeras

laven mis eternas faltas

y aumente mi fe rociera.

Ecuador del Camino, al menos del camino de a pie, se humedecen los ojos, se aceleran los corazones, cuando, el Carretón en el centro del vado, preside el rezo del Ángelus, rodeado de sus romeros, entre la respetuosa mirada de

centenares de espectadores que asisten, curiosos a la ceremonia. Se canta, con el corazón encogido la salve malagueña, rezada y profundamente sentida por los romeros. Después, nuestro coro, con las voces casi rotas por tantas noches de camino, se lo dice a la Virgen...

CANTA EL CORO.(SEVILLANA)

Villamanrique de la Condesa, pórtico de las marismas, recibe a nuestros amigos como siempre: con los brazos abiertos. Manolo, junto a sus amigos, empuja, ilusionado el carretón para acercar el Simpecado a la puerta de la primera y más antigua hermandad filial, la elegante, hospitalaria y cercana hermandad de Villamanrique.

Esa noche, en la Dehesa Boyal, Manolo tuvo, uno de los años más intensos, la experiencia que pudo marcarle en lo más hondo de sus ser rociero.

Había cenado tarde, tras la misa. Y había cenado bastante. Visitó, comentando la jornada, a varios amigos de otras carretas, y entre la cena, y las copas a las que fue invitado, se encontró algo pesado para acostarse. Temiendo una noche de insomnio, decidió, por su cuenta, dar un paseo por los alrededores, ya que además, la noche, clara y cálida, invitaba a la contemplación y disfrute del entorno. Y se marchó, rompiendo la frontera del silencio y de la noche.

Anduvo bastante, disfrutando de la situación. No supo cuanto duró el paseo, pero cuando volvió a la acampada, no quedaba nadie levantado.

El espectáculo le encantó: En el centro, el carretón, velas encendidas, silencio en el entorno... y le apeteció disfrutar un poquillo más de aquel momento único. El cansancio, la

pesada digestión y la hora casi de madrugada, le rindieron, y apoyado en la rueda trasera del carretón, Manolo se quedó dormido.

(ENTRA LA PAREJA Y COMIENZA EL RASGUEO)

Algo le despertó. Pero era algo tan suave, tan bello, que no se atrevió a moverse. Solamente, con los ojos abiertos, contempló lo que ocurría: Una parejilla, jóvenes, casi adolescentes, sentados en el suelo, al toque de guitarra y mirando al Simpecado, le cantaban bajito, casi susurrando...

CANTAN UNA SEVILLANA

Esta gente no cantaba, ¡estaban REZANDO!. Manolo no salía de su asombro ni de su emoción. ¡Aquello no era creíble!. Emocionado, y sin atreverse a mover ni una ceja, ¡cualquiera rompía el encanto del momento!, se dio cuenta, que la gente no teatralizaba en la fiesta. La gente rociera cuando canta, y mirando a la Virgen, le hablaba, le rezaba. Y eso, escribiría su madre en su diario, era FE. Era ORACIÓN. Manolo, se acostó, al fin, emocionado. ¡Este momento justifica un Rocío!. ¡Ya tengo mi pellizco!.

La Raya Real, cortafuegos, en su tiempo delicioso por su libre paso, y ahora constreñido por inhóspitas alambradas, son testigos del paso de nuestra Hermandad, hermosa, ordenada. Saludos con otros Simpecados peregrinos, paso cansino, la caló y el cansancio, ya aprietan, pero la ilusión del descanso en El Palacio, y la actividad de los tractoristas sacando de vez en cuando a peregrinos atascados, que hay que ver cómo están las arenas este año. (Siempre decimos lo mismo), hacen más corto el camino...

¡Ya solo falta un día para verte, Señora!

Las candelas de la acampada, aparte de propiciar hermanamiento entre los peregrinos, favorecen Un intercambio de anécdotas, algunas muy divertidas como la que ha tenido a media hermandad en jaque con el puñetero fantasma, que de noche, corría por detrás de las carretas, envuelto en una sábana blanca. ¡Míralo, el fantasma, por allí va, por allí va!, se decía la gente al ver la escena fantasmagórica. Hasta que un valiente le salió al paso, y resultó ser un polizón, natural de la Sierra de Gibralgalia que, no queriendo ir solo, se pegó a la hermandad sin decir nada por no molestar, durmiendo en su propio coche, y aquellas carreras de noche, no era más que la necesidad de evacuar aguas allá donde nadie le viera. Pero hubo cachondeo, y del bueno, que también el Rocío ES ALEGRÍA.

Ya estamos frente al puente que nos une a la Aldea. Ya termina la última etapa del Camino, y entramos en la tercera edad.

¡Ya estamos aquí, Madre!

CANTA EL CORO (OPCIONAL)

Manolo, estos años, ha madurado. Ya es un hombre que pasa los cincuenta. Su situación social, ha subido como la espuma, y, desde hace algunos años, no hace caminos. Simplemente, alquila casa y viaja directamente a la Aldea.

Y lo mismo que ha crecido socialmente, ha decrecido su devoción. Se ha vuelto, ¿Cómo diría?, un poco frío y algo distante. Casi escéptico. Pero algo le impulsa a seguir peregrinando. Claro que ahora es otra cosa.

Ha descubierto "El otro Rocío", el del protocolo, el de las fiestas privadas, el de las puertas cerradas. Manolo, ha convertido su casa en un lugar de reunión social, a la que acuden, solícitos, personajes y personajillos de la

burguesía, de la política y de la "buena sociedad" del momento.

Y claro, eso es otra cosa. En la que naturalmente se mueve como pez en el agua, pero... algo le falla. No está satisfecho, y en muchos momentos, echa de menos...

Echa de menos aquellos años, que de la mano de sus padres, rezaba la salve, con lágrimas en los ojos, al cruzar el Ajolí y después, atragantándose de emoción, visitaba la ermita, para postrarse junto a la reja, dando gracias por el camino realizado.

Echa de menos la sensación, única en su vida, cuando, tras hacer amistad con un almonteño, éste le llevó del brazo hasta pasar las barreras de protección y pudo ¡por fin!, sentir el peso purificador del paso de la Virgen sobre sus hombros, mientras tragaba polvo y sufría con gusto las apreturas de los que con él la llevaban.

Nunca te di las gracias, amigo "Lobo".

Echa de menos, la experiencia de aquel día, en la que, invitado por unos amigos, iba andando al mediodía, hincándose los botos hasta media pierna en las arenas, buscando la calle Vetallengua, en aquellos tiempos, las afueras de la Aldea, y al pasar junto a una casa en la que se encontraba un hombre muy mayor, sentado a la sombra del porche, le preguntaron por la dirección a la que querían ir, y este, con la mayor de las naturalidades, les dijo:

- "A la calle Vetallengua le pueden dar dos tiros. Pasen ustedes y se sientan conmigo, que se van a morir de la caló".

Y pasaron, y se sentaron, y compartieron con aquel viejo copas, comida, charlas y compañía hasta las siete de la tarde, ¡y ni siquiera le preguntaron cómo se llamaba!.

HOSPITALIDAD Y SENCILLEZ, escribía Juanita, cuando Manolo se lo contó.

En fin, Manolo echaba de menos el auténtico Rocío, el que había vivido siempre. Y no era feliz.

Han pasado años. Eduardo y Juanita, cosas de la edad, fallecieron hace tiempo. En los tristes momentos de recuerdos y orden en la casa, Manolo encuentra el cuadernito con tapas azules donde su madre apuntaba sus sensaciones y vivencias. Sonríe con pena, y se lo guarda en el bolsillo. Cosas de mamá, se dice. Pero lo guarda, para leerlo en casa.

Manolo, ya no es económicamente tan fuerte. Tanto, que hace bastante tiempo, ni siquiera va a la romería. Su vida religiosa, está como dormida. Pero no olvida sus raíces, y de vez en cuando, pasa por la Purísima para rezarle una salve a la Virgen. Poca cosa más, pero sigue. Algo le dice en sus adentros que debe hacerlo.

Un domingo de mañana, muy de mañana, por necesidades de trabajo, viajaba hacia Matalascañas, a visitar un cliente que veraneaba allí, y que debía resolverle algún problema grave. Aunque sea domingo, tengo que ir, se dijo. Era verano, hacia Julio. Al salir de Almonte, observó un vejete, casi un anciano, que iba andando por el arcén. Recordó al señor de la calle Vetalengua que un año lo atendió tan bien, y, aunque nunca recogía desconocidos en la carretera, algo le movió, y paró el coche.

—“Amigo, ¿le llevo a algún sitio?”. —

“Bueno, fue la respuesta, voy pá la Aldea”.

Un cigarrito compartido abre conversaciones, y la siguiente, venía de cajón. La pregunta-afirmación que todos hemos hecho la primera vez que conoces a algún almonteño: ¿Es

usted de Almonte y va andando para la Aldea?. ¡Qué suerte tenéis, tenerla tan cerca, y encima poder llevarla en su romería! (Muy original, como habréis podido comprobar).

La respuesta del viejo, fue aplastante:

-“Eso quea pá los jóvenes. Yo hace tiempo que esas cosas no las hago. Verá usted: a mí me queda poco tiempo. Entonces, los domingos, cuando vienen mis hijos a estar con su madre, yo cojo el caminito para la Aldea, veo a la Señora, le cuento mis cosillas. Ella me entiende, y yo la entiendo a Ella. Hay veces que discutimos un poco, pero poco, y cuando termino, me despido de Ella, ¡Ea, hasta pronto!, cojo el camino de vuelta, y hasta el próximo domingo”. “Eso, mientras pueda”, añadió bajito.

Ante tamaña muestra de fe, Manolo se quedó perplejo. Y algo le llegó hondo. Los años de niñez que acompañaba a sus padres, la devoción profunda que Juanita le profesaba a la Virgen, y que siempre le intentó conculcar. Las veces que había acudido a Ella para que lo sacara de algún apuro. Algo le removi6 los profundos, y quedó inquieto.

Cuando terminó la visita que le había traído a Matalascañas, tras la comida, y de regreso a Málaga, al pasar por la Aldea, no supo por qué muy bien, con el calor que hacía y el bochorno veraniego, pero paró.

Aparcó el coche, y entró en la Ermita. Curiosamente, no había nadie, así que se sentó en una esquina, discretamente, y fijó su mirada en la Virgen. No dijo nada. No pensó nada. Solamente, la miraba e intentaba concentrarse en algo que le explicara qué había sido de su vida. Pero no encontraba ninguna razón que justificara por qué habían pasado así las cosas.

Sería el calor; o sería el cansancio del viaje y las duras negociaciones; posiblemente sería el sopor de la digestión,

o todas estas circunstancias a la vez, el caso es que quedó adormilado. O dormido, para ser sinceros. Y tuvo una visión.

MÚSICA DE FLAUTA.

Y entonces, ocurrió: vio que el rostro de la Virgen, como que se movía. Parecía que le hablaba a él, directamente, "Manolo, que duro eres, hijo!". En sueños, fijó la atención, y escuchó: "Años llevo mandándote mensajes, y tú como si nada. Años viniendo a verme, y no me has dicho nada de lo que te pasa. Yo sigo esperándote, y tú sin darte cuenta".

Manolo se quedó sobrecogido, pero aún incrédulo. Entonces, la Virgen fue agrandándose poquito a poco, y cada vez más blanca y brillante. Era como una luz cegadora, pero que atraía indefectiblemente. Al poco, ese refulgor, se estabilizó, y pudo comprobar que alrededor de la Virgen, había cantidad ingente de personas. Todas brillando con luz propia, y sus rostros mostraban una felicidad fuera de lo normal. La Virgen, ¡oh milagro!, hablaba y atendía al mismo tiempo con todos los que se dirigían a Ella.

No sabe cómo, pero entre el gentío, reconoció al padre Carlos Huelin, que, cerquita de la Virgen, charlaba animadamente con el Pastorcillo divino. Quien, apoyando su manita en el hombro del jesuita, entre carcajadas sonoras, le iba contando cómo hizo un Camino dentro del bolsillo de la camisa de Paco Cantarero.

Por allí mismo, vio a Manolo Pineda, sentado ante un caballete, manejando pinceles sobre un lienzo, del que saltaban estrellitas brillantes que iban a posarse sobre el manto de la Virgen. Ella, le sonreía, agradecida... ¡Manolo, qué guapa me estás poniendo!.

Reconoció a Lourdes Souviron, entonando una sevillana, con su voz de terciopelo, y apoyada sobre los restos de una carriola que parecía haberse quemado.

Cerquita de la Virgen, reconoció a Isabel Durán, quien con voz bajita, pero tremendamente profunda, le daba gracias. Gracias, Madre, por ayudar a mi Cristóbal cuando yo me vine. ¡Qué buen trabajo ha hecho criando a mis niñas María Jesús y Carmen!. ¡Míralas, que guapas y buenas personas que son!.

Vio acercarse a Paquillo Fernández, que, guitarra en ristre, sobre una motillo zarrapastrosa, pero que parecía flotar, le iba diciendo a la Virgen que los palos del Ajolí no crujirán este año pa no despertar a la Paloma que lleva mi Simpecao...

Por último, con tipo recortaíto, flamenco y sandunguero como él solo, el compadre Pedro, Pedro Cantarero, ofrecía una copita de mosto: Al Niño no, que es muy chiquitillo, pero pruébalo, Señora, ique es primer mosto pisado por mi compadre Ricardo!.

Manolo no salía de su asombro. ¿Por qué estoy viendo esto?. ¿Qué me quieren decir?. Y de repente, entre la multitud que rodeaba a la Virgen, vio a Eduardo y Juanita, sus padres, que sonriendo y cogidos de la mano, enseñaban a la Virgen un cuadernito con pastas azules. ¡El cuaderno de mi madre!.

La Virgen, asentía, sonriendo, y miraba hacia Manolo, que, dando un respingo, despertó del sueño. Miró a la Virgen, y vio que le devolvía la mirada. Una sonrisa pícara y preciosa marcaba su rostro... Manoloooo!

Entonces, ¡Por fin!, lo entendió todo.

PARA LA MÚSICA

Entendió por qué su madre le obligaba a referirle las sensaciones de cada Camino. Comprendió los mensajes que ella había querido plasmar en su cuadernillo y que iban destinados a él: El Rocío es como la vida de un cristiano: Debe haber generosidad y hospitalidad. Debe haber fe y oración. Debe haber compañerismo y amistad. Debe haber alegría y esperanza. Debe haber amor y caridad. ¡Y él había comprobado todas esas cosas y no las había tenido en cuenta!

La Virgen, seguía mirándolo y sonriendo... ¿Verdad Manolo que es así?. Manolo, por primera vez en muchos años, se arrodilló y pidió perdón. Perdón por su ceguera, y agradecimiento a las muchas oportunidades que la Virgen le había dado.

No sabe cuánto tiempo estuvo en la Ermita. Ya anochecía cuando salió, pero salió reconfortado y feliz. ¡Por fin, había comprendido el Rocío!.

Fin de la historia. Hasta aquí la historia de Manolo, que en muchos momentos, fue paralela a la vida de algún romero. Hasta aquí, y perdóname hermano, mi pregón, que no ha sido tal, sino la mala descripción de una historia de un Camino paralelo a la vida de un hombre cualquiera, de un Manolo cualquiera. De un Camino previo a una Romería que nos ayuda a encontrarnos a nosotros mismos.

COMIENZA LA SALVE (SOLO INSTRUMENTAL), PIANO

Y tú, hermano rociero, me dirás ahora... todo esto es muy bonito, nos has contados tropecientas batallitas de viejo, pero... ¿Y mi pregón?.

Y yo te contesto... ¿Pero no te has dado cuenta que yo no soy nadie para pregonar lo que tú, cada año, cada día, vives con toda la intensidad del mundo?.

Sal a la calle, y con el ejemplo de tu vida, grita tu pregón:

¡Ven al Rocío, hermano, que en el Rocío está la hospitalidad y la generosidad!. ¡Venid con nosotros cristianos, que en el Rocío está la amistad y el compañerismo, la solidaridad y la hermandad!. ¡Acompáñanos amigo, que en el Rocío está la fe, la esperanza, el amor verdadero!

¡Peregrina con nosotros que en el Rocío está la Verdad!

Tu vida, hermano rociero, es el auténtico pregón de tu Romería. Tu vida diaria, donde enseñas con tu ejemplo lo que debe ser una amistad. Lo que debe ser la oración, la fe, el auténtico amor al hermano. Lo que, cumpliendo el mandato del Padre, tú cumples cada día: Alegría de vivir. Alegría de compartir; alegría de ser rociero. Lo que la Hermandad muestra en su camino hacia el Rocío, es lo que tú, hermano, vives, ¡bendito seas!, cada uno de los días de tu venturosa vida.

Y cuando Dios lo decida, y cruces por última vez el puente del Ajolí y llegues, venturoso, a la morada del Padre, en las marismas eternas, te encontrarás, esperándote, a la Madre, a la Reina de esas Marismas que tanto quieres, de la mano del Pastorcillo, que entonces será Cristo Resucitado. Y junto a ellos, con todos los santos que en el mundo han sido, saludarás a Carlos Huelin, a Manolo Pineda, a Lourdes Souvirón, a Paquillo Fernández, a Pedro Cantarero, a Isabel Durán, a los Eduardos y Juanitas de cada uno de nosotros y a todos los que nos han precedido a la visita al Padre.

Convéncete, hermano. Tú eres el Pregón del Rocío. ¡Por Dios y su Santa Madre, Hazlo bien!

Por Dios y su Santa Madre, Vívelo bien! Hermano rociero: ¡Tuyo es el pregón, tuya la palabra!

SE CANTA EL ÚLTIMO ESTRIBILLO DE LA SALVE, FUERTE.

Muchas gracias.

Málaga, 1 de Mayo de 2.013